

## ¿DON QUIJOTE, CABALLERO CORTESANO?

Las diferencias entre la primera y la segunda parte del *Quijote* en lo que respecta a la elaboración de la obra y a la configuración espiritual de los personajes, han sido analizadas desde múltiples ángulos. Pero es tal la riqueza de la creación cervantina, que todo lector se siente impulsado a encontrar, descubrir o redescubrir alguna nueva faceta del proceso creador de la novela o de la personalidad quijotesca. Cervantes, a quien una crítica ciega, torpe y romántica pudo acusar de “ingenio lego”, se muestra como hacedor insigne de la compleja figura de su máximo personaje, que acuña ante nuestros ojos desde su primer instante de vida literaria. El don Quijote que nosotros conocemos no tiene vida previa: nace a la locura, que es su razón de ser, apenas comenzada la obra. Antes de este momento, don Quijote es un *tipo*, el del hidalgo de aldea.

Cervantes comienza pintando un *tipo*: las determinaciones, muy precisas y las vaguedades, también muy precisas, con que esboza a su criatura en los párrafos iniciales, nos confirman en ello. Sabemos como era físicamente don Quijote, conocemos su edad, su vestimenta, su magro menú diario; nos enteramos de que tenía un galgo corredor y un roeín flaco, que gustaba del madrugar y de la caza; apreciamos su condición hidalga en las armas de sus antepasados, pendientes del astillero, y en su vida austera y ociosa. Junto a éstas y a otras muy precisas indicaciones, las significativas vaguedades: Cervantes, que tantas cosas sabe de su personaje, ignora su nombre y calla su patria. ¿Era

Quijada, Quesada, Quejana? ¿Por qué ese no querer acordarse del lugar de la Mancha? Críticos y comentaristas han hecho correr ríos de tinta sobre estos interrogantes. Lo cierto es que son rasgos eficacísimos de la generalización, de la creación del prototipo.

Pero llega el momento en que Cervantes escribe las palabras decisivas: "Y así, del poco dormir y el mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio". Es a partir del momento en que Cervantes signa a su personaje con la locura, cuando don Quijote deja de ser el prototipo del hidalgo de aldea para convertirse, gracias a esa locura, en un ser único que va a crear desde ese instante su propia vida, en un individuo singular con un destino también singular. Don Quijote nace en el momento en que Cervantes nos dice que a fuerza de leer se volvió loco.

Este personaje, marcado por la locura, representa —se ha dicho muchas veces— la inadaptación de un ideal a una época que ya no reconoce ese ideal y que no responde a sus estímulos. Don Quijote, que encarna los ideales góticos, debe vivir en la España de la Contrarreforma, donde esos ideales no tienen cómoda cabida. La insatisfacción que crea este choque puede ser reflejo de la propia insatisfacción de Cervantes, cuando, enamorado aún de los ideales del Imperio que él defendió en Lepanto, vuelve, después de diez años de vida militar y cautiverio, a una España muy distinta de aquélla con la cual vivió soñando en Argel. Sus ideales son los del momento más esplendoroso de España, el momento de la consolidación del Imperio; y le es muy difícil encontrarles lugar en una España en la que comienzan a insinuarse los rasgos de la decadencia. Esta desacomodación de Cervantes se advierte en muchos momentos de su obra; en el famoso discurso de las armas y las letras, para citar un caso, afirma la superioridad de las armas, en un momento en que los ideales bélicos habían quedado, indudablemente, a la zaga.

Don Quijote, en pugna con el mundo y la sociedad en que le toea actuar, no puede nutrirse de ellos; don Quijote es un per-

sonaje forjado en la literatura, lo cual no quiere decir que sea un personaje desvitalizado y sin resonancias humanas. En esto también se advierte la genialidad de Cervantes: en haber animado de profunda humanidad a un personaje que tiene raíces literarias, y no humanas. Pronto, Cervantes nos presentará el mundo literario dentro del cual don Quijote ha de moverse como en su medio natural; sus salidas de este ámbito, para caer en el de la realidad social y cotidiana, le depararán siempre fracasos y sufrimientos, incomprensión y burlas. Toda la primera parte del *Quijote* —en la segunda este escenario ha de cambiar— es un montaje literario dentro del cual la personalidad del héroe se irá manifestando.

En el capítulo VI se realiza el donoso escrutinio en que el Cura y el Barbero tiran al corral todos los libros que consideran perniciosos. Cervantes, sin duda, aprovechó la oportunidad para darnos, por boca del Cura, sus opiniones sobre obras y autores; pero creo que su objetivo principal fue indicarnos las fuentes literarias en las que su personaje había bebido, y con cuya savia se había gestado su peculiar naturaleza libresca.

Si pasamos revista a esas obras, comprobaremos que en la biblioteca de don Quijote hay novelas de caballería, literatura pastoril y lírica y algunos poemas heroicos (*La Araucana* de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, *La Carolea* de Avila). ¿No hay obras teológicas, ni de devoción, ni históricas, ni de ninguna otra índole? Suponemos que sí, pero a Cervantes sólo le interesa señalar las fuentes de la personalidad quijotesca, todas ellas literarias, no doctrinales. Por lo tanto, literatura caballescay pastoril, fundamentalmente, a lo que habría que agregar el romancero viejo, siempre presente en el espíritu de don Quijote, pero que le ha llegado por vía oral, no escrita. Y nada, absolutamente nada de novela picaresca. Don Quijote no ha leído ni conoce novela picaresca. Y lo demostrará en el capítulo de los galeotes (I, 22) cuando Ginés de Pasamonte le dice que es autor de una novela picaresca y don Quijote formula la pregunta: “¿Y esa obra está terminada?”, pregunta muy intencionada, con la que Cervantes, en cinco palabras, pone en evidencia la ignoran-

cia del caballero con respecto a la estructura básica del género, y al género mismo.

Sabido es que la primera parte del Quijote se caracteriza por la gran cantidad de relatos insertos que no tienen, aparentemente, relación con la trama de la obra. Dos de ellos parecen tener una autonomía más absoluta: la *Novela del Cautivo*, y, sobre todo, la *Novela del curioso impertinente*. Pero hay muchos otros. Todo un mundo literario sirve de marco al personaje. ¿Qué otra cosa son, sino verdaderos relatos fáciles de desglosar, aunque estén relativamente ligados a la trama del *Quijote*, la novela de Cardenio y Luscinda, la de Dorotea y don Fernando, la de Grisóstomo y Marcela? A poco de comenzado el relato empezarán a caer, sobre el escenario de las aventuras de nuestro héroe, estos telones literarios que se interponen entre él y la realidad cotidiana. Es con esta realidad cotidiana con la que primero va a toparse; apenas salido de su aldea, se encontrará con el pícaro ventero y las mozas de partido, con Juan Haldudo y Andresillo; pero después de su segunda salida, traspuestos los molinos de viento y la batalla con el vizcaíno, va a dar con los cabreros, que lo invitan a comer formando rueda alrededor de unas zaleas, sobre las que tienden su rústica comida: tasajo, bellotas y “un medio queso más duro que si fuera hecho de argamasa”. Una escena de pastores de la realidad cotidiana, una escena totalmente rústica. A partir del capítulo siguiente (XII) aparecen los literarios: Grisóstomo y Marcela son pastores de la literatura, que Cervantes contrapone intencionadamente y de manera violenta a los pastores de la realidad. Don Quijote pasará así del mundo de la realidad al mundo de la literatura, y estos dos mundos, el de la verdad y el de la ficción, se interferirán para siempre en la compleja trama novelesca. Este paso está cuidadosamente preparado por Cervantes: el discurso de la edad de oro, que don Quijote pronuncia ante los atónitos y zafios pastores, es el trampolín, el puente que, gallardamente, une esos dos mundos opuestos. La novela de Marcela y Grisóstomo es una verdadera novela pastoril; la figura de la moza, tan de-

cida en la afirmación de su libertad y de su derecho, responde perfectamente al tipo convencional del género.

A partir de aquí, don Quijote irá saltando de escenario literario en escenario literario, con frecuentes caídas, siempre desdichadas, en la realidad. En estas intercalaciones, Cervantes nos presenta distintos tipos de novelas, cada una de las cuales involucra un escenario literario bien determinado. Así, la del *Cu-rioso impertinente* es una novela de estilo italiano; la del *Cau-tivo* es de tema morisco; las de Cardenio y Luscinda, Fernando y Dorotea lo son de enredo; y hay hasta un esbozo de parodia de novela de caballerías, la de la Princesa Micomicona y el descomunal gigante Pandafilando de la Fosca Vista. Pueden aún agregarse otras de menor cuantía, como la de los deliciosos amores de Clara, la adolescente y de don Luis (I, 43) o, ya al final de la primera parte, la de Eugenio, el enamorado mozo que, desechado por Leandra, se retira a la serranía y adopta el traje y el oficio de pastor (I, 51).

Don Quijote realiza, pues, su quehacer, circundado de literatura. Pero ¿cómo se ubica él mismo y cómo se realiza dentro de este marco literario? Pues como un personaje también literario. Hay dos capítulos sumamente significativos del profundo sentido que tiene don Quijote de su existir como ente literario. Uno es el V de la primera parte, en el cual don Quijote, aún sin la compañía de Sancho, maltratado por los mercaderes toledanos que van a comprar sedas a Murcia, queda tendido a la vera del camino, molido a palos. Un vecino misericordioso se acerca a él, le lava el rostro y lo reconoce. Don Quijote, muerto de dolor, sin poderse menear, se siente primero Valdovinos, y luego, atravesado sobre el borrico, camino de su aldea, trueca esta personalidad por la de Abindarráez, cautivo de Rodrigo de Narváez. El pobre labrador, con lógica común, pretende demostrarle que es el “honrado hidalgo del señor Quijana”; a lo que don Quijote responde con palabras significativas: “Yo sé quién soy”. Don Quijote, voluntariamente, por obra de su locura, es un personaje literario, que él ha de elegir entre los que pueblan su memoria; por esto agrega: “. . . y sé que puedo ser

no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y los nueve de la Fama. . .". La locura es una convención novelística que ha permitido a Cervantes dar vida a un personaje puramente libresco.

En el capítulo XXVI, también de la primera parte, don Quijote, por libre elección, se erige en otro personaje literario. Es el capítulo de la penitencia en Sierra Morena. Entre los altos riscos, don Quijote decide hacer una penitencia ejemplar, para que Dulcinea se entere de cuán grande es su amor. Lo notable es que vacila sobre el tipo de castigo a elegir: o hacerse el loco, como Orlando, por amor a Angélica, o, simplemente, rezar y llorar, como Amadís de Gaula hizo en la Peña Pobre, bajo el nombre de Beltenebros, por amores de doña Oriana. Vacila, reflexiona, y, finalmente, decide imitar a Beltenebros; pues Roldán se volvió loco porque Angélica lo traicionaba con Medoro, y Dulcinea es una dama sumamente honesta y él no puede asumir la personalidad de un amante burlado.

Sancho llevará a Dulcinea noticias de esta prueba de amor y, además, una carta. En el librito de memorias de Gardenio, don Quijote escribe su carta de amor en la cual Cervantes, mediante toques arcaicos y utilización de imágenes similares, parodia la que Oriana dirige a Amadís cuando se cree suplantada en el corazón del caballero. Pese a la parodia corre entre las líneas de esta misiva una alta y ardiente temperatura y un soplo romántico que arrebata las palabras. Pedro Salinas la ha calificado como "la mejor carta de amores de la literatura española".

Don Quijote, personaje nacido al calor de los libros, desplaza su paradójicamente profunda humanidad entre las piezas de este extraordinario montaje literario que es la primera parte del Quijote, la que Juan de la Cuesta publicó en Madrid en 1605.

En 1614 se publica *El Caballero Puntual* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Este autor, hoy tan poco leído, era amigo y admirador de Cervantes, para cuyas *Novelas ejemplares* da la aprobación en 1613. Contemporáneo de muchos de los más grandes ingenios del siglo de oro, frecuentador de academias

literarias, fue elogiado por Cervantes en el *Viaje del Parnaso* y por Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. Gran conocedor de la vida cortesana, de la cual participaba activamente, fue su crítico sagaz, si no tan cáustico como Quevedo, no menos agudo y atrevido. Escribió varias docenas de novelas en las cuales brillan estas condiciones junto a las de notable narrador e innovador dentro de los cánones del género. El tipo del cortesano o del aspirante a serlo es de los predilectos de Salas dentro de la rica galería de personajes que sus numerosas novelas nos presentan. La pasión por llegar a ser cortesano es característica del siglo XVII y ha dejado su impronta en la literatura en forma notable. Salas Barbadillo, Castillo Solórzano, Quevedo, entre otros, nos muestran a este aspirante medrador desde los más diversos ángulos. Las guías y avisos para aspirantes a obtener posiciones en la Corte, los tratados de urbanidad y cortesanía, los poemitas burlescos al respecto, aparecen profusamente. Y junto a ellos, la figura del perfecto cortesano resplandece en obras como *El caballero perfecto*, novela del mismo Salas Barbadillo.

En *El Caballero Puntual* nos encontramos con un pícaro que da en la extraña locura de llegar a ser cortesano, y que se hace llamar don Juan de Toledo. Don Juan llega a la corte, y la novela, en sus dos partes (la primera, 1614; la segunda, 1619), refiere las innumerables aventuras que en ella corre. Un día recibe una carta de don Quijote. Sí, de don Quijote, que en 1614 ha pasado a ser bien común y que puede integrar el elenco de cualquier obra literaria. Salas Barbadillo, que conoce muy bien la obra cervantina, escribe una breve carta en la que parodia la lengua paródica de Cervantes. Dice así:

“El muy esforzado en armas don Quijote de la Mancha, Caballero de las Aldeas, al aventajado en sangre don Juan de Toledo, Caballero aventurero de la Corte, salud y vida.

Nobilísimo señor: el alto nombre de vuestras fazañas, grandes tiempos son pasados que llegó a nuesa noticia y nos encendió en deseos de conocer a un caballero tan esforzado y de tan alta nombradía, ca cierto que nos ponía grande admiración; hasta agora no nos ha vagado lugar de podernos ir a ver en el

espejo de la caballería, que bien saben todos que sois vos, de verdad, que me tendría por bienaventurado si me llegase a ver de finojos a vuestros pies; por ende os pido humildemente me fagáis avisado de las aventuras de la Corte, e de qué modo sería yo en ellas acertador, guíeme la vuesa enseñanza, que todo ha de resultar en vuestro pro, porque non deseo otra cosa mas que verme en alguna holganza en esa tierra adonde no me diesen tantos palos como en ésta, que ya yo, señor, tengo años, e non estoy para semejantes proezas. Dios os dé siempre el su esfuerzo y os mantenga en caballería.

Vuestro postrado servidor

Don Quijote de la Mancha". (1)

Esta carta apunta a una característica del temperamento de don Quijote que no aparece en la primera parte de la novela cervantina: el aspirar a algo que era el ideal, no de los personajes literarios que el manchego encarnaba, sino de los caballeros de carne y hueso, y aun de los pícaros del siglo XVII: medrar en la Corte. ¿Don Quijote caballero cortesano? Sí, esto es lo que quiere ser el don Quijote de Salas Barbadillo. Don Juan de Toledo le contesta con un código de comportamiento cortesano en forma de avisos en que, irónicamente, se tratan muy diversos aspectos de la lucha por el poder y la figuración. Se refiere a las calidades del cortesano, cuya faz negativa enfoca. En contraposición con las aventuras de don Quijote, expone las de la corte, mucho más terribles y desdichadas que las que su corresponsal padece en caminos y ventas. Luchar con la malicia y la soberbia de los hombres es más duro que "pelear con los leones, humillar gigantes, igualar con la tierra los castillos encantados, degollar ejércitos de caballeros sandios".

La única crítica que don Juan hace a la misiva de don Quijote se refiere al lenguaje:

"... porque entre los caballeros cortesanos que hoy se platican, de quien se hace caso y estimación en palacio, no corre se-

---

(1) *Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*, ed. por E. Cotarelo y Mori, v. 2, p. 85 y sig., Madrid, 1909.

mejante lenguaje ni tal se permite. Y así, lo que más ha menester v. m. es informarse del corriente y hacerse muy señor de la frasis y buen modo de hablar”.

No, don Quijote no debe ir a la corte, pues no está preparado para tan complicados modos de comportamiento ni conoce el lenguaje cortesano. Sabida es la importancia que en el siglo de oro se dio al habla del cortesano. La buena conversación era condición ineludible para quien pretendía llegar a las altas esferas palaciegas. Saber conversar a modo de palacio: esto era lo necesario. Y el don Quijote de la primera parte, evidentemente, ni piensa en la corte ni sabe hablar como un cortesano.

Al año siguiente de esta carta se publica la segunda parte del *Quijote*. Por supuesto que en 1614 ya está escrita. El don Quijote de esta segunda parte acusa caracteres que no se dieron en el de la primera: se nos presenta interesado en problemas que atañen a la vida de las altas esferas sociales. Aquel don Quijote que en 1605 sólo había alternado con pastores, galeotes, venteros y personajes de la literatura, conoce en la segunda parte la vida regalada de las mansiones señoriales. La primera es la del Caballero del Verde Gabán, aquel hombre cauteloso y distinguido que encuentra en un camino y que le invita a su casa labradora, rica, fresca y bien abastada. En ella, don Quijote come a manteles y prueba alimentos más sabrosos que las bellotas de los pastores. Tiene largas conversaciones con don Lorenzo, el hijo del Caballero, en las que manifiesta su interés, tan evidente en la segunda parte, por la problemática de la literatura. Sorprende la soltura con que expresa las obligaciones del caballero cortesano:

“Bien parece un gallardo caballero, a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicio militares, o que lo parezcan, entretienen y alegran, y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes. . .” (II, 17).

Y más adelante:

“Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano; autorice la corte de su rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos, y muéstrase grande, liberal y magnífico, y buen cristiano, sobre todo; y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones...” (Ibid).

Y a poco de abandonada la casa de don Diego de Miranda, no sin cierta pena, dirá a un licenciado, mientras se dirigen a las bodas de Camaecho:

“El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda; dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje que se acompaña con el uso”. (II, 19).

El sabe ahora como es el lenguaje cortesano, ese que don Juan de Toledo le reprochaba, un año antes, no conocer. En el capítulo 44, admirado de la buena suerte de Sancho que acaba de conseguir sin trabajo ni merecimientos el gobierno de la ínsula, dice:

“Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones”.

¿Dónde ha aprendido esto el caballero que antes sólo estaba familiarizado con los héroes de la caballería y los pastores de égloga? Entre la primera y la segunda parte del *Quijote transcurren* unos meses; en la realidad, diez años. En el espíritu de don Quijote y de su creador, diez largos años. Estos diez largos años de nuevas lecturas realizadas por Cervantes, se vuelcan sobre su personaje y configuran una personalidad sensiblemente distinta de la que nos era familiar. Si don Quijote hu-

biera rehecho su biblioteca, un nuevo escrutinio mostraría una sensible disminución de novela caballeresca y pastoril, y los lugares ahora libres de sus anaqueles estarían ocupados por algún *Cortesano* de Castiglione, o de Luis Milán, por algún *Galateo*.

Este don Quijote de la segunda parte, que poco después de dejar la casa del Caballero del Verde Gabán irá al palacio de los Duques, donde le servirán doncellas y pajes vestidos de seda, no desdice con el ambiente en el cual actúa; conoce perfectamente los modos de comportamiento de las clases sociales con que ahora alterna. Y además, gusta de esta vida, de estos manjares exquisitos, de estas bebidas de nieve que se le ofrecen. Don Quijote ha sido captado por el refinamiento de las altas clases sociales. Sólo la conciencia de su alto y singular destino le hace preferir el rigor de la vida aventurera:

“...pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inelemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios” (II, 17).

Y cuando deja la casa de los Duques, lo hace impulsado por esa misma conciencia de su intransferible misión:

“Ya le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y pareciale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los Duques para partirse” (II, 57).

Hacia el final de la obra entra en Barcelona, única ciudad que llega a conocer y donde permanece muy pocos días; allí, en

la casa de un rico caballero, don Antonio Moreno, asiste a un sa-  
rao de señoras y baila con ellas, hasta quedar sentado en mitad  
de la sala, "molido y quebrantado de tan bailador ejercicio"  
(II, 62).

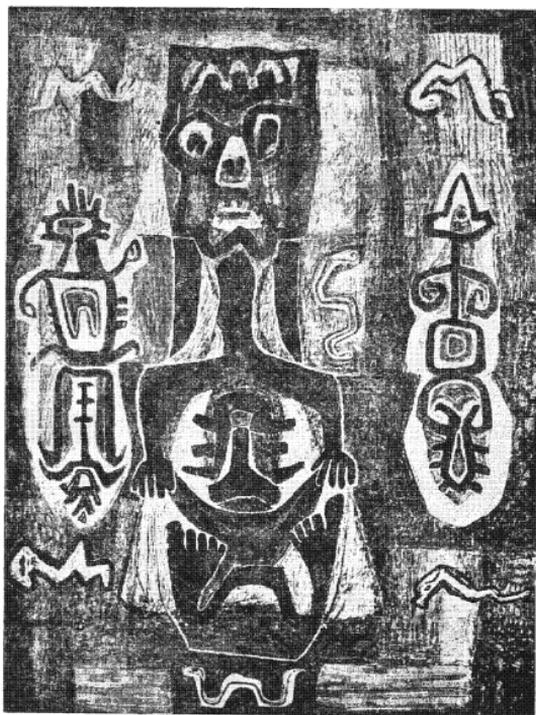
Es evidente que el don Quijote de la primera parte está  
aquí ya muy desdibujado. El escenario de sus hazañas se ha  
trasmutado. Los oropeles literarios han caído. Don Quijote ya  
no está rodeado de seres novelescos; prueba de ello es la dismi-  
nución de intercalaciones en esta segunda parte: fuera de la  
historia de Basilio y Quiteria, y la de Ricote y su hija Ana  
Félix, no hay otra destacable. El mismo Cervantes trata de ex-  
plicar el porqué de esta disminución (II, 44), pero lo cierto es  
que la actitud del personaje parece no requerir ahora ese marco.  
Don Quijote, tal vez el mismo Cervantes, ha perdido su fe en la  
literatura. Cuando, derrotado por el Caballero de la Blanca  
Luna vuelve a su aldea, y al pasar por un prado propone a  
Sancho dedicarse a la vida pastoril, no hay convicción en sus  
palabras. Comparemos su firme decisión de penitencia en Sie-  
rra Morena con esta melancólica evocación de vida arcádica, que  
más parece una añoranza que una resolución.

Don Quijote se mueve, en la segunda parte, no entre ficti-  
cios entes, sino entre seres de carne y hueso que pertenecen,  
muchos de ellos, a las altas clases sociales. Por su boca, más que los  
pastores de las fingidas Arcadias o los caballeros de las nove-  
las fantásticas, habla el mismo Cervantes. A la romántica y arre-  
batada imaginación quijotesca de la primera parte, sucede una  
mentalidad más disciplinada y culta. Don Quijote se interesa  
ahora por problemas y realidades que antes ni conocía ni ca-  
bían en su mundo mental (recuérdese la visita a la imprenta,  
II, 62). Y, por sobre todo, se advierte una cuidadosa atención  
dirigida a las formas expresivas y modos de comportamiento.  
Prueba de este cambio de actitud mental y aún social, es la se-  
gunda carta escrita por don Quijote. Está dirigida a Sancho, go-  
bernador de la ínsula, y figura en el capítulo 51, II. Si la com-  
paramos con la de la primera parte, la de Sierra Morena, adver-  
timos que todo ha cambiado: el tema, por supuesto, pero además

el clima, el lenguaje, el orden sintáctico, la espontaneidad. Un espíritu totalmente distinto anima estas líneas, tan graves y austeras, tan meditadas y sentenciosas. Un estilo claro y desapasionado ordena cláusulas paralelas en las que se esparcen medidos y sabios consejos. Es evidente que don Quijote ha leído otra literatura, muy diferente de la que le trastornó el seso; nos parece, entre líneas, advertir la presencia de los tratados de educación de príncipes, de las obras de urbanidad, de los manuales del buen hablar, que ningún cortesano debía ignorar. Don Quijote, en esta carta, no es ya el apasionado caballero, el espíritu arrebatado y centelleante de Sierra Morena; es un privado amante de su señor y de su pueblo, un perfecto cortesano, que ha aprendido “el lenguaje puro, el propio, el elegante y claro”, ese que don Juan de Toledo, en la novela de Salas Barbadillo, le reprochaba no conocer.

CELINA S. DE CORTAZAR

Rosario 541, Buenos Aires



“Gran payé”

Leonidas Gambartes